



TERTIUS ORDO REGULARIS SANCTI FRANCISCI  
CONSILIUM GENERALIS

Prot. 55/2009

*Carta del Ministro General  
y del Consejo General  
a todos los Hermanos y Hermanas  
de la Tercera Orden Regular de San Francisco de Asís  
por la Fiesta de Nuestro Padre San Francisco, 2009*

## SAN FRANCISCO: MAESTRO DE ORACIÓN

Muy queridos hermanos y hermanas:

Al celebrar la solemnidad de San Francisco este año queremos enfocarnos en la experiencia de Dios del santo y en el magnífico ejemplo de oración que él nos dejó. Durante el año pasado hemos estado reflexionando sobre el papel importante que la Sagrada Escritura debe ocupar en nuestras liturgias, ministerios y en nuestras vidas como consagrados. En la última carta nos enfocamos en la dedicación total a Cristo y en la pasión por él que encontramos en San Pablo y San Francisco. Concluimos afirmando que el desafío nos es simplemente maravillarnos ante el ejemplo de estos santos hombres sino usarlo como un catalizador para guiar nuestras vidas y crecer en la santidad personal. Un modo en el que podemos hacer esto es convertirnos más y más en personas de oración.

### **La oración: respuesta natural a Dios**

Una de las figuras fascinantes del Antiguo Testamento fue el profeta Amós – un pastor del reino del sur (Judá) que fue llamado a profetizar en el reino del norte (Israel) durante el reinado de Jeroboán (786-746 a.C.). Al reflexionar en su llamada divina como profeta él afirma:



*El león ha rugido: ¿quién no temerá?  
El Señor ha hablado: ¿quién no profetizará?  
(Amós 3,8).*

Básicamente Amós sostiene que su acción profética era una respuesta natural a la palabra que había recibido del Señor. Dios le habló y, para ser auténtico consigo mismo ante el Señor, no tenía otra opción más que profetizar. No podía negar esta llamada más que alguien que se enfrenta al rugido de un león podría negar tener miedo. La imagen que ofrece Amós puede también aplicarse a la respuesta natural humana de la oración. Parafraseando al profeta: “El león ha rugido: ¿quién no temerá? El Señor ha hablado: ¿quién no orará?”

Esta intuición crea el marco para nuestra propia reflexión sobre la experiencia que guió y coloreó la vida de San Francisco. Las leyendas relativas al Santo están llenas de ejemplos de la centralidad absoluta de la oración en su vida que provenía de su profundo amor a Dios. En *La Vida de San Francisco*, escrita como parte del proceso de canonización de Francisco, Tomás de Celano refiere que, aún cuando participaba activamente en los asuntos de sus vecinos, el Santo estaba motivado y vivificado por la oración. Llega a esta conclusión afirmando:

Su puerto segurísimo era la oración; pero no una oración fugaz, ni vacía, ni presuntuosa, sino una oración prolongada, colmada de devoción y tranquilidad en la humildad. Podía comenzarla al anoecer y con dificultad la habría terminado a la mañana; fuese de camino o estuviese quieto, comiendo o bebiendo, siempre estaba entregado a la oración. Acostumbraba salir de noche a solas para orar en iglesias abandonadas y aisladas; bajo la divina gracia, superó en ellas muchos temores y angustias de espíritu (1C 71).

Al leer este pasaje en las fuentes franciscanas, y muchísimos más como este, no podemos evitar que nos impresione el increíble amor del Santo por la oración y el tiempo que le dedicaba. Para Francisco la oración era mucho más que una obligación o un requisito que procediera de su devoción a la vida religiosa. La Oración era más bien una característica esencial de su modo de



ser en el mundo y una respuesta natural a la presencia del Señor en su vida. También queda claro que Francisco quiso compartir este don de la oración con sus seguidores. Esto se ve claramente en sus propios escritos que están llenos de espléndidas oraciones – pero más aun en su ejemplo personal.

### **Oración franciscana**

A pesar de que san Francisco exhortó con frecuencia a sus seguidores a orar, especialmente el rezo del Oficio Divino y la Eucaristía, dejó muy pocas indicaciones acerca de cómo orar. No dijo nada acerca de la cantidad de oraciones que hay que recitar, dónde debemos orar, o aún acerca de la cantidad de tiempo que debemos dedicar a la oración. Sin embargo, nos dejó algunas indicaciones importantes respecto a la *calidad* de nuestra oración. Nos desafía a hacer lo que él hizo. Es decir, hemos de orar siempre, orar con la Iglesia, orar con nuestros hermanos y hermanas, y dejar que las oraciones que hacemos nos cambien y nos lleven a la santidad personal.

*...orar siempre...*

Francisco deseaba que sus seguidores oraran continuamente. En la *Regla no bulada* ruega a los frailes que hagan a un lado todas las preocupaciones y ansiedades para

... servir, amar, honrar y adorar al Señor Dios con corazón limpio y mente pura, que es lo que él busca sobre todas las cosas; y hagámosle siempre allí habitación y morada a aquél que es Señor Dios omnipotente, Padre e Hijo y Espíritu Santo, que dice: *Vigilad, pues, orando en todo tiempo, para que seáis considerados dignos de huir de todos los males que han de venir, y de estar en pie ante el Hijo del Hombre (Lc 21,36). Y cuando estéis de pie para orar, decid: Padre nuestro, que estás en el cielo (Mt 6,9). Y adorémosle con puro corazón, porque es preciso orar siempre y no desfallecer (Lc 18,1); pues el Padre busca tales adoradores (1R XXII, 26-30).*

El Santo reitera la importancia de orar siempre en la *Regla Bulada* en el capítulo que está dedicado al “Modo de trabajar”:



Los hermanos a quienes el Señor ha dado la gracia de trabajar, trabajen fiel y devotamente, de tal suerte que, desechando la ociosidad, enemiga del alma, no apaguen el espíritu de la santa oración y devoción, al cual las demás cosas temporales deben servir (2R V,1-2).

Es interesante hacer notar que Francisco hace referencia a este capítulo de la *Regla* cuando escribe a San Antonio concediéndole permiso para enseñar la sagrada teología a los hermanos. Para Francisco aún el estudio de teología tiene que ser hecho de modo que no “apague el espíritu de la santa oración y devoción.”

Este pasaje y otros similares destacan el reto que Francisco nos deja de preservar el “espíritu de la santa oración y devoción” en nuestras vidas. Para el Santo esto es claramente más importante que desarrollar una habilidad, estudiar teología, trabajar y servir a los necesitados, y cualesquier “cosas temporales.” Este es un gran desafío y a veces puede ser visto como imposible de lograr – la vida, después de todo está llena de deberes y responsabilidades que claman por nuestro tiempo y atención y con frecuencia nos llevan a sentir todo menos que nuestras vidas están centradas en “la santa oración y devoción.” Francisco encuentra una solución a este problema en su intuición de que aún el trabajo y el estudio pueden ser considerados como experiencias de gracia que pueden llevarnos a una relación más profunda con Dios. Él estaba convencido de que tanto la oración como el trabajo pueden ser vistos como frutos del mismo Espíritu del Señor, que los hermanos y hermanas deben buscar poseer por sobre cualquier otra cosa en esta vida. Aún cuando las cosas se vuelven difíciles, confusas o agobiantes, el Santo dice a sus seguidores que:

... atiendan a que sobre todas las cosas deben desear tener el Espíritu del Señor y su santa operación, orar siempre a él con puro corazón y tener humildad, paciencia en la persecución y en la enfermedad, y amar a esos que nos persiguen, nos reprenden y nos acusan, porque dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen y os calumnian* (2R X, 8-10).

Francisco nos dice mediante sus palabras y su ejemplo que el Espíritu del Señor, que guía nuestra oración, transforma la totalidad de nuestras vidas



de modo que quedan infusas y potenciadas por la oración. La unión entre oración y vida constituye la prueba de la autenticidad de nuestra oración.

### *...orar con la Iglesia...*

Las fuentes Franciscanas refieren consistentemente que San Francisco y sus primeros compañeros dedicaban tiempo regularmente para la oración en común. Inicialmente eran más bien poco instruidos y sencillos como lo ha demostrado Tomás de Celano en el siguiente pasaje:

Caminando los hermanos en simplicidad ante Dios y con confianza ante los hombres, merecieron por aquel tiempo el gozo de la divina revelación. Mientras, inflamados del fuego del Espíritu Santo, cantaban el *Pater noster* con voz suplicante, en melodía espiritual, no sólo en las horas establecidas, sino en todo tiempo, ya que ni la solicitud terrena ni el enojoso cuidado de las cosas les preocupaba (1Cel 47).

Puesto que los frailes no tenían libros o breviarios durante estos primeros años, Francisco les enseñó a leer otros tres “libros”: el Evangelio, la cruz y la naturaleza. Por medio de estos libros el Santo se esforzó por abrir los ojos, los oídos y los corazones de sus seguidores a la revelación divina en su forma de vida (el Evangelio), al don de salvación en el sacrificio salvífico de Jesús (la Cruz), y la realidad de Dios siempre presente que nos rodea a todos (Naturaleza).

Debido en gran parte al crecimiento numérico de la fraternidad y su movimiento hacia otros países de Europa, Francisco adoptó oficialmente el Breviario de la Curia romana – una forma simplificada y abreviada del Oficio Divino – para su Orden en 1223 (cf. 2R III, 1). Aparentemente el Santo quiso que el rezo del Oficio Divino fuese un lazo de unión con la Iglesia y una expresión de la simplicidad de los frailes. En la *Carta a toda la Orden* escribe:

Por tanto, a causa de todas estas cosas, ruego como puedo a fray H., mi señor ministro general, que haga que la Regla sea observada inviolablemente por todos; y que los clérigos recen el oficio con devoción en la presencia de Dios, no atendiendo a la melodía de la voz, sino a la consonancia de la mente, de forma



que la voz concuerde con la mente, y la mente concuerde con Dios, para que puedan aplacar a Dios por la pureza del corazón y no recrear los oídos del pueblo con la sensualidad de la voz (CtaO 40-42).

Francisco claramente acentuó la simplicidad y la devoción en el rezo del Oficio Divino. Parece como si deliberadamente distanciara su Orden de las tradiciones monásticas de sus días y su insistencia en liturgias bien desarrolladas y cantadas bellamente que, a veces, parecían ser más bien piezas a ejecutar que una invitación a la oración y al culto.

La importancia que Francisco le otorgó al rezo del Oficio Divino está dramáticamente ilustrada en su *Testamento* cuando escribe:

Y todos los otros hermanos estén obligados a obedecer de este modo a sus guardianes y a rezar el oficio según la Regla. Y los que fuesen hallados que no rezaran el oficio según la Regla y quisieran variarlo de otro modo, o que no fuesen católicos, todos los hermanos, dondequiera que estén, por obediencia están obligados, dondequiera que hallaren a alguno de éstos, a presentarlo al custodio más cercano del lugar donde lo hallaren. Y el custodio esté firmemente obligado por obediencia a custodiarlo fuertemente día y noche como a hombre en prisión, de tal manera que no pueda ser arrebatado de sus manos, hasta que personalmente lo ponga en manos de su ministro. Y el ministro esté firmemente obligado por obediencia a enviarlo con algunos hermanos que día y noche lo custodien como a hombre en prisión, hasta que lo presenten ante el señor de Ostia, que es señor, protector y corrector de toda la fraternidad (Test 30-33).

La insistencia de Francisco en que los hermanos recen el Oficio Divino es clara y sin ambigüedades. El fraile al que se le encuentre que no reza el oficio ha de ser arrestado por sus hermanos, entregado a los ministros de la fraternidad y eventualmente conducido al señor de Ostia – quien, en ese entonces, era el Cardenal Ugolino, el futuro Papa Gregorio IX. Este es indudablemente el mandato más fuerte que Francisco dio a sus frailes: deben rezar el Oficio Divino o se hacen sujetos a arresto - ¡una afirmación sorprendente de parte de un hombre de paz!



*...rezar con nuestros hermanos y hermanas...*

Durante los primeros años de la fraternidad Franciscana los frailes no tenían oratorios propios o iglesias. Siendo estos así, participaban en las Misas y demás celebraciones litúrgicas con las comunidades cristianas locales en los lugares donde se encontraban. Francisco deseaba que sus seguidores fueran no sólo personas de oración – sino que también fueran heraldos del Señor, que invitasen a todos los que encontraban a alabar y glorificar a Dios. Proponiendo este desafío a sus frailes, el Santo escribió lo siguiente en su *Primera Regla*:

Y a todos los que quieren servir al Señor Dios dentro de la santa Iglesia católica y apostólica, y a todos los órdenes siguientes: sacerdotes, diáconos, subdiáconos, acólitos, exorcistas, lectores, ostiarios y todos los clérigos, todos los religiosos y religiosas, todos los donados y postulantes, pobres y necesitados, reyes y príncipes, trabajadores y agricultores, siervos y señores, todas las vírgenes y continentes y casadas, laicos, varones y mujeres, todos los niños, adolescentes, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, todos los pequeños y grandes, y todos los pueblos, gentes, tribus y lenguas, y todas las naciones y todos los hombres en cualquier lugar de la tierra, que son y que serán, humildemente les rogamos y suplicamos todos nosotros, los hermanos menores, siervos inútiles, que todos perseveremos en la verdadera fe y penitencia, porque de otra manera ninguno puede salvarse (1R.XXIII, 7).

¡Qué increíble párrafo! Parece como que el Santo puso todo su empeño en asegurarse de que nadie se quedara fuera y que todos, donde fuera que estuvieran, fueran invitados a participar en la fe verdadera y en la alabanza de Dios. Un signo del éxito de la influencia Franciscana en la vida de oración del pueblo puede verse en las muchas devociones populares que los hermanos y hermanas han popularizado a lo largo de los años – tales como los Belenes, el Via Crucis, la Corona Franciscana, las representaciones de la Pasión, y un acercamiento vigoroso a los laicos.

### **Algunos desafíos para la Oración**



Se dice a menudo que las sociedades y culturas del mundo actual se secularizan y materializan cada vez más. Vivimos en un período en el que los valores y prácticas tradicionales están bajo un constante ataque y a menudo son desechadas como arcaicas, alejadas del mundo moderno, opresivas o simplemente equivocadas e inservibles. La práctica de la oración privada y común no se ve inmune de estas descalificaciones y ataques. Es pues importante que recordemos que la oración era para Francisco la respuesta natural a la presencia de Dios en su vida. Él respondía con adoración, alabanza, y acción de gracias a Aquel que la había tendido la mano con amor, misericordia y compasión. Él nos recuerda que la oración es un simple reconocimiento de que Dios desea estar en relación con nosotros y que nos desafía a estar en una constante y honesta búsqueda de Su voluntad en nuestras vidas.

A través de sus escritos y ejemplos Francisco nos enseña a ver cada evento de nuestra vida – aun los más difíciles y dolorosos – frente a la perspectiva del amor de Dios. Nos enseña a confiar todos los momentos decisivos de nuestra vida a la voluntad de Dios mediante una sincera, honesta y constante oración. Así la oración no puede menos que influenciar nuestra vida diaria y guiar nuestras elecciones y decisiones. En otras palabras, la oración deja de ser un deber u obligación y se transforma más bien en el modo en el que “vivimos, nos movemos y somos” (Hch 17,28).

Una dificultad notable para la vida de oración en nuestro mundo actual es la falta de tiempo. Estamos ocupados y ansiosos acerca de muchas cosas – la misma observación que Jesús hizo a Marta hace tantísimos años (cfr. Lc 10) – y muchas veces nos sentimos arrastrado en direcciones opuestas. A esto Francisco propone una simple solución: orar siempre. Nos desafía a desarrollar un espíritu o una disposición de oración – esto es, una conciencia incesante de la presencia del Señor en nuestras vidas y la capacidad de referirle cada evento y decisión de nuestro día. Este espíritu de oración puede nutrirse con cortos pero frecuentes momentos de oración durante el día, con la celebración del Oficio Divino con nuestros hermanos y hermanas, con una activa participación diaria en la Eucaristía y con momentos privados con el Señor en alabanza y adoración. Necesitamos alimentar nuestro espíritu tanto como necesitamos alimentar y cuidar nuestros cuerpos.

Otra dificultad que a veces entorpece la oración es la sensación de obligación o formalismo – es decir, rezamos porque *debemos*, porque se espera



que lo hagamos. Esta actitud despoja el poder transformativo de la oración y hace muy difícil un verdadero diálogo con Dios. Por desgracia, esto ha llevado a muchos cristianos a abandonar la Iglesia y su hábito personal de oración. Una vez más Francisco nos muestra la otra cara de esta actitud; nos muestra cuán creativa, vigorizadora y poderosa puede ser la oración diaria y constante. Él se dirigía a Dios en cada momento de su vida y el mundo se le abría de una manera dramática. El tiempo compartido con la fraternidad, el Oficio Divino, la Eucaristía, las celebraciones litúrgicas y hasta la misma naturaleza se convertían en canales del amor y la belleza Divinos. La oración le cambió e hizo de él lo que llegó a ser. Puede hacer lo mismo con nosotros.

Como mencionamos más arriba, Francisco propuso tres libros de oración a sus primeros seguidores: El Evangelio, la cruz y la naturaleza. Quizás nosotros también necesitemos aprender a leer de verdad estos libros. Por desgracia no estamos acostumbrados a hacer un alto para descubrir el sentido verdadero y esencial de las cosas que nos rodean. Puede que hayamos perdido la capacidad de quedarnos admirados ante la sabiduría y bondad divinas, tan presentes y reflejadas en cada aspecto de la creación. Un espíritu auténticamente Franciscano nos ofrece otra manera de ver y de ser – una que está imbuida del amor y la presencia de Dios. Cuando realmente consigamos esto no necesitaremos pensar cómo deberíamos rezar constantemente – se convertirá en una respuesta natural al mundo que nos rodea.

El Señor Dios nos habla de tantas maneras - ¡quién no va a rezar!

## **Conclusión**

Esta breve presentación sobre la oración Franciscana no es ciertamente exhaustiva – para ello se necesitaría mucho más que una carta en honor de la fiesta de nuestro fundador. De todas maneras, esperamos que sirva para animarles a dedicarse de nuevo a crecer en santidad mediante la alabanza y la adoración. El desafío para todos nosotros es el de emplear tiempo en la oración, tanto en el silencio de nuestras devociones privadas como en comunidad, con nuestros hermanos y hermanas, con quienes compartimos nuestra vida consagrada y de entrega.

Cerramos con una cita del capítulo III de nuestra *Regla y vida* que resume la mayor parte de lo dicho en esta carta:



Dondequiera y en todo lugar, a toda hora y en todo tiempo, los hermanos y las hermanas crean sincera y humildemente y tengan en el corazón y amen y honren, adoren y sirvan, alaben, bendigan y glorifiquen al altísimo y sumo Dios eterno, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y adórenlo con corazón puro, *porque es necesario orar de continuo y sin desfallecer*; ya que tales adoradores busca el Padre (Art. 9).

¡Que todos tengan una celebración de la Solemnidad de San Francisco estupenda y colmada de gracias!

*Roma, 4 de octubre de 2009*  
*Fiesta de San Francisco de Asís*

p. Michael J. Higgins, TOR  
*Ministro General*

p. John Kochuchira, TOR  
*Vicario General*

p. Bernat Nebot Llinás, TOR  
*1º Definidor General*

p. Amando Trujillo Cano, TOR  
*2º Definidor General*

fr. Mark McBride, TOR  
*3º Definidor General*

p. José Martorell Pou, TOR  
*4º Definidor General*

p. Pierangelo D'Aiuto TOR  
*Secretario General*